

LA IGLESIA Y LA POLITICA

La historia bimilenaria de las relaciones entre la Iglesia y el Estado han registrado frecuentes conflictos, porque el Estado ha invadido el fuero de la Iglesia o ésta el del Estado.

Sería aleccionadora una historia objetiva de estos conflictos. Tal vez en la balanza pesarían más, mucho más, las incursiones del Estado en el fuero eclesiástico, que las de la Iglesia en el civil. Se comprobaría, en tal caso, que, sin desconocer los errores y las debilidades humanas cometidas por algunos Pontífices y dignatarios eclesiásticos, ha sido mucho más frecuente el conflicto entre la Iglesia y el Estado a causa de que aquélla se ha visto obligada a defender los derechos que tenía obligación de mantener frente a las autoridades políticas.

En todo caso, cuando quiera que surgía un conflicto entre la Iglesia y el Estado, éste invocaba casi invariablemente la razón de que la Iglesia se entrometía en la política, en las cosas terrenales...

Extraña situación la de la Iglesia Católica.

Los gobiernos totalitarios —especialmente es éste un mal acentuado en los últimos decenios—, han desconocido a la Iglesia, con frecuencia, sus derechos más elementales, no sólo como una asociación religiosa de carácter sobrenatural, sino, lo que es peor todavía, conculcando los derechos de la Iglesia en el plano puramente natural y humano, como los puede tener cualquier otra sociedad religiosa. No es necesario que recordemos las arbitrariedades de Hitler ni las que antes había cometido el comunismo en Rusia y las que después ha seguido cometiendo en las naciones de población predominantemente católica o religiosa, como Polonia, Hungría, Croacia, Alemania Oriental, etc., etc. Ahí, se ha querido hacer de la Iglesia, primero, un instrumento ciego de la política comunista, y, después se ha intentado asfixiarla por todos los medios posibles.

Es lógico que la Iglesia, por medio de sus obispos y de su clero, haya reclamado sus derechos. Se la castiga entonces, por parte del Gobierno, severamente "porque se entromete en la política, porque obstaculiza la acción política del gobierno y porque va contra el pueblo"...

Sin llegar a los extremos de los países totalitarios, la situación de los obispos y del clero suele ser también diversamente interpretada, y casi siempre desde el punto de vista político.

En general, los enemigos de un régimen político determinado se quejan de que la Iglesia no se convierta en una especie de "censor oficial", denunciando sistemáticamente todas las injusticias y todos los errores del régimen. Cuántas veces la echarán en cara a la Iglesia, que no haya hablado con suficiente firmeza frente al poder político.

Pero los que simpatizan con dicho régimen, acusan por el contrario a la Iglesia de meterse en política, apenas se atreve a señalar algún defecto en el gobierno que ellos apoyan.

Y es interesante ver, apenas se produce un cambio de régimen, cómo aquellos que instaban antes a la Iglesia a hablar, ahora exigen un silencio absoluto, ahora ven con desagrado cualquier palabra que intente señalar un defecto en el nuevo régimen.

Y esta situación va y viene, incluso dentro de los partidos de orientación católica. Que cuando se trata de aquellos otros políticos, que sistemáticamente atacan a la Iglesia, tanto si ésta habla de política como si no habla, resulta que, en el primer caso, se mete en política y en el segundo se mantiene en un silencio vergonzoso que viene a ser connivencia con los crímenes del gobernante de turno.

Pero dejemos de lado los partidismos en la manera de enjuiciar toda intervención de la Iglesia en la política, y más aún las debilidades humanas, los oportunismos, la falta de lógica y aún de sinceridad de aquellos adversarios sistemáticos que en todo quieren encontrar motivos para arrojar piedras al campanario.

Recordemos, más bien, los principios que fluyen de la naturaleza misma de la Iglesia y de la política, para comprender cuál es la acción posible de la Iglesia en el terreno político.

Para aquéllos que se escandalizan de toda intervención de la Iglesia en la política, debemos ante todo distinguir las dos concepciones del término política.

Política, en general, significa toda actividad que tiende a buscar el bien de la ciudad, de la polis.

Pero el bien de la ciudad o de la nación puede buscarse desde un plano trascendental, que se limita a buscar y determinar los principios fundamentales que deben ser tenidos en cuenta para el bien común, o bien el plano más particular de las formas concretas de enfocar el gobierno y la administración pública, defendidas por las diversas agrupaciones de ciudadanos que se conocen con el nombre de "partidos políticos".

La Iglesia ha declarado, repetidamente, que no es su incumbencia el problema de esa política de partidos, y que deja en perfecta libertad a los católicos de dirigir la cosa pública en el orden temporal en aquella forma que crean ellos más conveniente. No propicia, por tanto, ningún partido católico determinado y deja a los católicos en libertad de actuar en todos los partidos que —tengan o no una explícita plataforma de los principios católicos—, por lo menos no se opongan a los derechos esenciales del hombre y a los sobrenaturales de la Iglesia.

Pero el bien temporal de los hombres, está íntimamente penetrado por la misma vida espiritual y sobrenatural cristiana, y, por lo mismo, hay una serie de problemas en la vida pública política, de cuya solución la Iglesia, el clero, y los católicos no pueden desinteresarse, ya que ellos comprometen los derechos humanos fundamentales y aún pueden oponerse o favorecer las vías naturales del acceso de los hombres al cristianismo y a la vida del mismo. Los Papas han señalado frecuentemente los problemas de la familia de la enseñanza, de la justicia social, como temas que están íntimamente ligados a la vida cristiana, y de los cuales ni ellos, ni los obispos, ni los católicos pueden desentenderse sin faltar gravemente a sus obligaciones.

Es que la Iglesia católica ha de llevar su vida real en íntima comunión con la vida de la sociedad terrena. Y en esta vida terrenal, la dirección de los negocios políticos nunca pueden desconocer aquellos principios fundamentales que han de regir la vida humana en el orden natural; y, más aún, ha de procurar la Iglesia que sea también reconocido libremente el fin sobrenatural de los hombres, que debe ser obtenido por medio de la Iglesia católica.